

como aquéllos a quienes llamamos los Padres de la Iglesia, combina el rigor del pensamiento con la audacia del diálogo con las preocupaciones y luchas en las que la vida cristiana palpa, a veces con más gozo a veces con más zozobra, que el tiempo es un tiempo ya redimido.

JUAN MANUEL CABIEDAS TEJERO
Universidad Pontificia de México
juanmanuel.cabiedas@pontificia.edu.mx

Lang, Uwe Michael. *Breve historia de la Misa Romana*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 2024, 164 pp. ISBN: 9788470576850.

La obra que aquí se reseña es la traducción española de una serie de entradas publicadas por el sacerdote oratoriano Uwe Michael Lang en *AB Insight* (el boletín mensual de *Adoremus*). Pensadas para llegar a un público amplio, dichas publicaciones se han convertido en los capítulos de este libro breve, que nos presenta la historia de la misa romana de forma tal que cualquier fiel interesado puede hacerse una idea general de ella. Ahora bien, ¿por qué una historia de este rito? Como dice el autor, porque se trata del «rito litúrgico más utilizado en la Iglesia católica» (p. 11). ¿Y para qué esta historia? Para ayudar «no sólo al clero en su ministerio sacramental, sino también a los laicos a participar fructíferamente en la liturgia de la Iglesia» (p. 11). Por eso, para celebrar mejor en el futuro, el libro nos redescubre el pasado. De esta manera, la historia de nuestra misa actual nos la descubre el sacerdote oratoriano como la de una tradición litúrgica romana «en contacto e intercambio con otras iglesias locales a lo largo de los siglos» (p. 11). Así, a lo largo de todas sus páginas, recorreremos de la mano del autor el desarrollo del rito romano desde los orígenes neotestamentarios hasta el día de hoy.

En lo que respecta a los orígenes, el sacerdote oratoriano transita de las fuentes neotestamentarias a la *Didaché*, la *Primera Apología* de san Justino y la *Tradición apostólica*. Nos da una descripción del culto de los primeros siglos y nos enseña cuáles son las dos tradiciones litúrgicas que se constituyeron (la antioquena y la alejandrina). Tras estos antecedentes, el autor documenta el periodo de formación del rito romano con las catequesis de san Ambrosio y luego con el Misal de Bobbio. Ahora bien, destaca especialmente en estos comienzos la importancia de la liturgia estacional papal, cuya reglamentación queda recogida en el *Ordo Romanus I*. En este punto, el padre Lang nos hace ver cómo la misa pontifical resultó ser el modelo del que participaron el resto de las celebraciones. Además, señala como una de las claves del desarrollo del rito la inversión de este principio siglos después —comenzando con los franciscanos y confirmándose en Trento—, con el triunfo de la misa baja (cf. p. 121).

Si seguimos la lectura comprobaremos cómo el rito romano se enriquece con la idiosincrasia franca durante la época carolingia y, más tarde —durante la época oscura del papado—, con el elemento germano. En este momento de la historia, toparemos con el mecenazgo de la dinastía otónida, que sufraga la liturgia, la cual queda en gran medida en manos de la iniciativa monástica. El *Ordo Missae* es el texto de referencia de esta etapa, en el que se prolonga la descripción de la liturgia estacional papal del *Ordo Romanus I*. Más adelante, la reforma gregoriana es otra parada obligatoria en este recorrido litúrgico, puesto que se empieza a buscar una conformidad general de la Iglesia con el rito romano. Sin embargo, esto sólo se consigue con el ordinal *Inditus planeta*, gracias al cual los franciscanos consolidaron la observancia del rito romano en toda la latinidad.

Si avanzamos todavía un poco más en esta historia, después de valorar la devoción bajomedieval y de negar una completa decadencia altomedieval, el padre Lang nos habla del *ordo* de Burchard y de la reforma tridentina. Tras ella, en unas pocas páginas del libro se atraviesa toda la Edad Moderna, de cuya estabilidad litúrgica sólo parecen destacarse dos cosas: el periodo barroco, por su sensualidad, y la ilustración, por sus propuestas educativas y elevadoras para la fe de los fieles. El tope de la modernidad litúrgica lo pone el autor en el Movimiento Litúrgico, que aparece como la antesala del Concilio Vaticano II. Por último, el sacerdote oratoriano dedica unas páginas los pontificados de Benedicto XVI y del papa Francisco.

El autor concluye la trayectoria del rito romano con una recapitulación y algunas observaciones personales. Para el padre Lang, es preciso cuestionar la narración convencional de la historia del rito romano —narración, a su juicio, de espíritu arcaizante—. Según esta exposición habitual, el reavivamiento del Concilio Vaticano II debería todo su valor a la vuelta fecunda de la mirada litúrgica al desarrollo dinámico temprano del rito —seguido luego lamentablemente de una supuesta decadencia medieval y, a su vez, de un estancamiento moderno—. Ahora bien, en contra de esta crónica, el autor quiere llamar la atención de los fieles en relación con tres hitos principales: 1) el enriquecimiento galicano de la tradición romana durante la reforma carolingia, 2) la función de las oraciones privadas de apología de la misa altomedieval, dado su valor espiritual; y 3) la vitalidad litúrgica tardomedieval (la cual puede contrarrestar la decadencia que se le atribuye a la época y que habría conducido a la Reforma).

Sobre todo, Michael Lang quiere distanciarse tanto del arcaísmo purista como de la mera innovación rupturista. De ahí que el sacerdote oratoriano defienda, inspirándose en Benedicto XVI, un desarrollo orgánico de la liturgia. Ciertamente, los cambios son comprensibles dado el trascurso de tantos siglos y con la extensión a lo largo de todos ellos de la Iglesia por el mundo. Para el autor, por tanto, lo decisivo de este desarrollo es la continuidad. Lejos de cualquier prolongación inmovilista, se trata de una tradición enriquecida en la que «cada época histórica ha dejado su impronta en las formas del culto público de la iglesia» (p. 149). La importancia que el autor concede a la continuidad resulta evidente en sus valoraciones del pontificado de Benedicto XVI. No en vano, la obra «está dedicada

en memoria y gratitud a Joseph Ratzinger/Benedicto XVI», cuya «labor de gran trascendencia, que llevó a cabo con valentía intelectual y profundidad espiritual, y con un gran coste personal, no ha hecho más que empezar a dar frutos y será su legado duradero a la Iglesia y al mundo» (p. 10). De esta manera, nos cuenta el padre Lang que Ratzinger confiaba en que el nuevo misal de Pablo VI traería mejoras y enriquecimientos. Sin embargo, siendo ya papa, habló de «malentendidos y errores en la aplicación práctica de la reforma» y de una confusión entre «participación activa» y «actividad externa» (p. 138).

A juicio de Michael Lang, no se respetó del todo el delicado funcionamiento del ritual, pese a las mejores intenciones. La estabilidad de la costumbre, el rigor y la repetición hace que funcione el ritual. Pero el «supuesto, al menos tácito, de la reforma litúrgica era que las formas rituales pueden intercambiarse y sustituirse fácilmente. Sin embargo, tal cambio ritual puede tener un efecto perjudicial» (p. 138). Es por ello por lo que Benedicto XVI quiso una reforma de la reforma. Aunque no quiso imponerla desde el escritorio, a base de reglamentos, sino mediante la predicación con el ejemplo: usando latín y con la comunión de rodillas y en la boca. Ahora bien, lejos de resucitar la liturgia preconiliar romana, esta «Forma Extraordinaria» del rito (tal como dispuso *Summorum Pontificum*) estaba llamada a maridarse con la «Forma Ordinaria» en un proceso lento y gradual de enriquecimiento mutuo.

Con el papa Francisco las cosas han cambiado: la reforma de la reforma es un error y *Traditionis Custodes* deroga la distinción de formas (cuyo problematismo no niega el autor) dispuesta en *Summorum Pontificum*. Con todo, el autor señala la continuidad de *Desiderio Desideravi* con el magisterio de su antecesor. Además, para el padre Lang, el redescubrimiento que pide el papa Francisco de los principios generales de *Sacrosantum Concilium* es lo que proporciona la mejor perspectiva de futuro para la renovación litúrgica —siempre que sepamos interpretar y concretar bien el documento, que está abierto a muchas lecturas posibles—. En este sentido, el Concilio sigue siendo para Lang la casilla de salida.

En definitiva, el librito de Michael Lang es idóneo para una introducción a la historia de la misa romana. Su perspectiva continuista, alejada de los extremos e inspirada en la visión litúrgica de Benedicto XVI le dan solidez y fiabilidad. Por último, el jalón del último Concilio señala el punto de partida obligatorio para seguir avanzando. Queda, pues, en manos del futuro lector comprobar si la «comprensión de esta rica y compleja historia» del rito romano, tal como se nos presenta aquí, «ayudará no sólo al clero en su ministerio sacramental, sino también a los laicos a participar fructíferamente en la liturgia de la Iglesia» (p. 9). Dios así lo quiera.

DAVID ANTONIO YAÑEZ
Universidad Complutense de Madrid
dyanez@ucm.es